

# El Estado y la cultura; limitaciones y responsabilidades

Ensayo... fallido de la clase en el poder

**LUIS FERNANDO REYES**

**E**l conjunto de conocimientos que le permite a una persona hacerse de un juicio crítico deriva de la experiencia del individuo, si seguimos una definición más humanista del término cultura. En todo caso, lo que corresponde al Estado es proporcionar las facilidades para el ordenado desenvolvimiento de un ciudadano.

Desde una perspectiva de acción-aprendizaje, cada uno es responsable de edificar su propia cultura, dando orden al cúmulo de experiencias y conocimientos adquiridos durante el transcurso de la vida.

Como resultado de un óptimo procedimiento podríamos llegar a la conformación de una persona "cult", quien demuestra habilidades obtenidas a través de una instrucción tanto formal como informal.

Que un individuo haya alcanzado dichas cualidades tuvo como vía principal su juicio y capacidad de toma de decisiones, la actuación del Estado tuvo una influencia secundaria, aunque no menos significativa.

La calidad de vida y bienestar que esa persona necesitó para el desarrollo y formación de su estructura tuvo que haber sido facilitada por las políticas sociales, económicas y laborales del Gobierno. Sin embargo, los planes relativos al bienestar y seguridad social pocas veces son tomados en cuenta como el punto de partida de una política cultural integral.

Por otro lado, la cultura entendida como el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimiento y grados de desarrollo artístico, científico, industrial de una época o grupo social, según define la Real Academia el término, sí tiene una

imbricación con la administración pública y el rumbo de una nación.

¿Qué pasa con el niño de elevado coeficiente intelectual que ha concluido sus estudios de nivel medio superior a los 13 años en sistema abierto, pues no hay institución educativa que satisfaga sus necesidades?

¿Qué pasa con el científico que busca recursos para llevar a buen fin sus trabajos de investigación, pero termina haciéndolo en algún instituto especializado de Estados Unidos, pues en México no encontró el apoyo necesario?

¿Qué con el escritor que no encuentra editorial que se arriesgue con su idea atrevida, ya que no se trata de una fórmula de éxito fácil o un texto en el género de moda?

Las oportunidades que por obligación debería proveer el Estado son pocas, y muchas veces responden a intereses ajenos a la promoción y difusión cultural per se, pues tiene mayor posibilidad de ser promovido un producto cultural que agrade al gobernador en turno, que quede bien con determinada fecha coyuntural (para dar más de lo mismo, más homenajes, más aniversarios), que exalte el orgullo de ser mexicanos y brinde el escenario ideal para dictar un discurso sobre el alto valor que tiene el sentido de sacrificio de la Raza de Cobre.

Todo en medio de una lucha entre dos bandos; uno que clama el regreso al ritual original de una ceremonia como la Guelaguetza, y otro que ve el evento como la oportunidad de un producto rentable, como un "empujón" que dejaría una jugosa derrama económica que hasta abajo sólo llega en un par de gotas insalubres.

El Gobierno tiene a la cultura como una diversión para la plebe, no importa si se trata de Frida Kahlo o del cantante de moda; nuestro Estado no sabe proveer de cultura si ésta no

es de masas, y ahí es donde radica el problema, el tercero, diría Edgar Morin. Si la cosa está así, mejor que no haga nada, y que dejen brotar a la cultura de abajo hacia arriba, en su forma más pura.

El PAN de cada día... ¿en el Platón?

Si nos remontamos a la platónica idea de la conformación de una República, como lo es México, deberíamos tomar en cuenta que la clase gobernante, los reyes-filósofos, estarían obligados a ejercer el poder político al servicio de la justicia y la sabiduría.

Lo de la justicia lo podemos dejar para otra ocasión, pero lo de la sabiduría es pertinente discutirlo en las siguientes líneas, pues una de las fuentes de tan preciado bien es la adquisición de información, experiencias e identidad, que envuelve el término cultura.



Gloria Inés Guerra

Al llegar a la presidencia de México, en el año 2000, Vicente Fox dijo que se podría augurar una "Revolución Cultural", sin embargo, tras decepcionar a intelectuales y otros ciudadanos no tan eruditos, como el que escribe, no se cansó de demostrar no sólo su enciclopédica ignorancia, sino su completo desdén hacia cualquier manifestación cultural.

Me disculpo por haber retrocedido de golpe todo un sexenio, pero hablar de cultura y política contemporáneas sin citar los múltiples y... quizá inocentes, pero sin duda grotescos tropezos de nuestro más singular Presidente, sería en vano.

Por otro lado, la discreción... que más bien parece evasión voluntaria, del actual Primer Mandatario hacia los temas que aquí interesan, no me permite todavía emitir un juicio sobre su política cultural.

En ese lejano año del nuevo milenio, los creadores, ante un vacío tan vertiginoso, debieron verse obligados a las propuestas, para así sacar del bache al Presidente y promover su trabajo, en un servicio a la sociedad y a su propio ingreso, pero la inercia de la imposición de planes y programas en los antiguos gobiernos no garantizaba una rápida reacción de los artistas.

En cambio, cuando ésta sucedió y sobre el escritorio de Sara Bermúdez descansaban incontables propuestas de especialistas, promotores, creadores y artistas, el Gobierno se obnubiló... y decidió seguir en lo mismo; dieron continuidad, no cambio, como Fox había prometido.

El primer año de su gobierno, el guanajuatense autorizó la partida de 6 mil millones de pesos para el sector, no sin antes preguntar ante los medios de comunicación: "¿por qué tanto?".

En la República de Platón, los soldados guardarían al Estado como un medio de adquirir honor. ¿Se habrá referido Sócrates al honor que debemos sentir como mexicanos al hablar de Frida Kahlo o de Chichén Itzá, dos nuevos valores del Canal de las Estrellas?

¿O será que los gobiernos han tenido suficiente con el martirologio de los indígenas caídos en tiempos de la Conquista, o bien, con la exaltación del macho más macho de México, el inmortal Pedro Infante?

La promoción gubernamental de actores, escritores o lugares turísticos no siempre tiene el trasfondo romántico de los orgullos nacionales, que no nacionalistas, ahora también

representa altos niveles de rating en horario "triple AAA", o jugosas derramas económicas para las entidades que resguardan ruinas del México antiguo.

Rodolfo Elizondo, Secretario de Turismo, dijo que él valora mucho a la Unesco (Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura de las Naciones Unidas), pero que si ésta se deslindó de la declaración de las nuevas maravillas del mundo a él no le importa, ya que de todos modos va "a aprovechar el empujón" para impulsar a Chichén Itzá en el gusto de los turistas.

Con tales declaraciones, al menos a mí me queda clarísimo que sí, efectivamente, Elizondo valora mucho a la Unesco.

Cabe recordar que, cuando era parte del gabinete foxista, dijo que los dos puntos que la cultura le pedía al gobierno eran: "mantenerse el contento de los creadores; y dos, tendrá que elegirse como director del Conaculta a alguien 'cordial', que garantice las buenas relaciones con todas las mafias que forman la comunidad intelectual y artística".

Bueno, ése parece ser el máximo de interacción que el gobierno panista pretende tener con escritores, pintores, cineastas, etcétera; tenerlos contentos, pero controlados.

¿Qué ha hecho el gobierno albi azul cuando se ve obligado a meter las manos en el área cultural?

Sí, ha servido de escudo faraónico la Biblioteca José Vasconcelos, pero, ¿no es primordial –antes que almacenar millones de libros en una inmensa estructura que, de no ser por cubetas y palanganas ya hubiera hecho agua–, difundir y poner a la cultura a combatir a nivel de calle?

A su vez, el Partido Acción Nacional (PAN), o bien, durante la gestión de panistas en el Gobierno, se ha impulsado la restauración de iglesias antiguas, dentro del Plan Nacional de Catedrales, pero, de acuerdo con los valores platónicos, la virtud y la felicidad de los ciudadanos no dependen sólo de la buena condición de nuestros más antiguos templos... católicos, claro.

Pero vayamos todavía más atrás. El Estado formaliza su relación con la cultura en México tras materializarse, en 1989, lo que años atrás habían esbozado Gabriel Zaid y Octavio Paz, un organismo destinado a la ayuda directa a los creadores y menos oneroso en la administración de la cultura a nivel federal.

Carlos Salinas de Gortari consiguió así legitimar su dudosa ascendencia al máximo cargo con el sector intelectual. El reluciente Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), estructurado por Víctor Flores Olea, absorbió posteriormente el control de Bellas Artes y del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INBA e INAH), todos, a su vez, dependientes de la Secretaría de Educación Pública, cuya titular hoy en día escribió el libro Dios mío, hazme viuda por favor.

Poco antes del Conaculta, la mano del Estado posrevolucionario se asomaba tímida con algunas venas sobresalientes, como la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, y con la participación de personajes como José Vasconcelos, Javier Barros, Carmen Esteve, Griselda Álvarez, entonces Gobernadora de Colima, Eduardo Robles "Tío Patota" o Eduardo Lizalde.

Remontarnos a la Grecia clásica parece poner una distancia abrumadora entre lo que se expuso entonces y las formas y dinámicas que actualmente podemos encontrar en el Gobierno de México... bueno, la hay.

Lo más puro posible

Es inevitable abstraerse de la cultura que desparrama el Estado, será nuestra cultura nacional, las experiencias captadas por nuestros sentidos e interpretadas por nuestro intelecto serán parte de nuestra cultura ligada a la tradición humanista, a la cual hay que agregar otro tipo de creencias y normas, como las religiosas.

Pero en la realidad, más allá del control del Estado, las sociedades modernas son policulturales, como afirmó Morin. Las morales de la religión, de la cultura de masas y de la tradición humanista se mezclan con la globalización del conocimiento. Nuestra cultura se convierte en un cuerpo complejo de normas, símbolos, mitos e imágenes que penetran en la intimidad del individuo, que alimenta su alma y su personalidad, y que, por sí mismo, encuentra un cauce de salida.

Ante tal situación, al disminuido Estado le toca proveer las bases para un desarrollo óptimo del individuo y facilitar la tarea de las instituciones culturales con lo poco o mucho que puedan brindar, sin intervenir de más en el proceso, para que el resultado llegue a la superficie lo más puro posible. ■